

Citación bibliográfica: HOUVENAGHEL, Eugenia Helena y CASTILLEJA, Diana. «Prácticas de transmisión y construcción de un sentido de pertenencia en escritoras judeo-latinoamericanas: una introducción». *América sin Nombre*, 30 (2024): pp. 193-200, <https://americasinnombre.ua.es/article/view/25802>

Prácticas de transmisión y construcción de un sentido de pertenencia en escritoras judeo-latinoamericanas: una introducción

EUGENIA HELENA HOUVENAGHEL

Universiteit Utrecht

Fenix Network for Research on Women Exiles and Migrants, Países Bajos

 <https://orcid.org/0000-0002-7877-2065>

DIANA CASTILLEJA

Vrije Universiteit Brussel y

UCLouvain Saint-Louis - Bruxelles, Bélgica

 <https://orcid.org/0000-0002-9679-2617>



Angelina Muñiz-Huberman



Ruth Behar. Fotografía de David Frye.



Alicia Dujovne Ortiz

© 2024 Eugenia Helena Houvenaghel y Diana Castilleja



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.



Andrea Jeftanovic



Myriam Moscona

Las entrevistas recopiladas en este dossier, complementan los estudios de la sección temática «Mapear el yo: Autoconstrucción y espacio en autoras judeo-latinoamericanas», incluidos en este mismo número de *América sin Nombre*. En esta sección temática, hemos explorado la representación de las trayectorias, los mapas y los lugares en la obra literaria de las autoras judeo-latinoamericanas. Entre las conclusiones de dicha sección temática, destaca la necesidad que sienten las autoras estudiadas de crear una identidad espacial a través de su obra literaria. Además, la creación de los lugares de origen y de la trayectoria de los ancestros en su obra literaria es un elemento constantemente presente. Las autoras escriben y reescriben esos lugares a lo largo de sus libros y parece como si estuvieran remodelando esos lugares reiteradamente sin que éstos lleguen a tener nunca una forma definitiva. Este rasgo recurrente de la obra literaria de las autoras judeo-latinoamericanas estudiadas hace surgir una serie de interrogantes: ¿Qué es lo que las autoras conocen sobre sus lugares de origen? ¿Cuál es la imagen que han recibido de éstos? ¿Cómo se realizó en sus familias la transmisión intergeneracional de la imagen del lugar de pertenencia? A fin de responder algunas de estas preguntas, en esta sección de entrevistas nos alejamos del nivel de la ficción para adentrarnos a la realidad de las familias de las autoras. Nos proponemos, así, explorar otra faceta en la construcción del sentido de pertenencia, mediante el registro de las diferentes modalidades de transmisión intergeneracional de los imaginarios espaciales en el exilio judeo-latinoamericano. Este dossier de entrevistas proporciona, así, un contrapunto a las conclusiones que hemos sacado de los estudios de la sección temática «Rutas de autoras judeo-latinoamericanas hacia un sentido de pertenencia».

La inclusión de estas entrevistas también permite resaltar el carácter interdisciplinario de nuestra aproximación al estudio de la identidad espacial de las autoras judeo-latinoamericanas, es decir, a la perspectiva literaria y geocrítica, propia a los estudios incluidos en la sección temática, se agrega el enfoque social e histórico. Y a fin de presentar un panorama más amplio, las escritoras entrevistadas proceden de raíces familiares, temporalidades y espacialidades diversas. Por ejemplo, en cuanto

al criterio generacional, Angelina Muñiz-Huberman y Andrea Jeftanovich pertenecen a la segunda generación de exiliados, mientras que Alicia Dujovne Ortiz, Myriam Moscona y Ruth Behar, pertenecen a la tercera. Respecto de las tradiciones del judaísmo, Dujovne forma parte de la tradición asquenazí, Muñiz-Huberman, Jeftanovic y Moscona pertenecen a la tradición sefardí y Behar se forma en una tradición mixta sefardí y asquenazí. Por lo que es de combinaciones de visiones del mundo, Jeftanovic se educa en una tradición interreligiosa, sefardí y ortodoxa (católica); Muñiz-Huberman crece en un entorno ateo con raíces en la tradición criptojudía sefardí. Y los lugares de origen de los ancestros de las escritoras, finalmente, también son diversos e incluyen España, Polonia, Rusia, Ucrania, Turquía, Yugoslavia o Bulgaria.

Aunque las entrevistas se realizaron vía digital, la calidez de la charla y la generosidad de las escritoras, permitieron que el diálogo fluyera de forma natural, «borrando» incluso la pantalla que nos separaba lo que dio lugar a un momento compartido desde los propios espacios personales y familiares. Aprovechamos estas líneas para agradecer profundamente a las autoras por su disponibilidad para organizar los encuentros previos a las entrevistas, así como su interés por nuestro trabajo. Además de ayudarnos a comprender las modalidades de construcción del sentido de pertenencia, estos encuentros, nos permitieron, sobre todo, acercarnos a las autoras. Y durante las entrevistas pudimos disfrutar del estilo oral propio a cada una de las autoras, que podía apreciarse, por ejemplo, al contar anécdotas de su familia, hemos procurado conservar este estilo en las transcripciones de las entrevistas. Otro elemento que facilitó la cercanía con las autoras durante las entrevistas y que al mismo tiempo creó un vínculo especial, fue el humor que se trasluce en sus respuestas. A menudo, las autoras usaban bromas y chistes, ya sea como estrategias para relativizar, matizar o dar un giro a sus respuestas. Hemos tratado de transmitir estos momentos de humorismo compartido en las entrevistas y en ocasiones se han incluido las referencias a las risas, que construyeron un puente entre autoras y entrevistadoras.

A continuación, presentamos las entrevistas construidas en torno a ocho preguntas relacionadas con la transmisión de la memoria espacial y del sentido de pertenencia. Las seis primeras preguntas se enfocan a las diferentes modalidades de transmisión de la memoria espacial: historias transmitidas oralmente, historias transmitidas por escrito, costumbres y rituales, canciones y música, objetos, y, finalmente, otras maneras distintas de construir un sentido de pertenencia o desarrollar una identidad espacial. Posteriormente, la séptima pregunta se enfoca en la interacción entre los diferentes espacios que juegan un rol en la construcción de un sentido de pertenencia en sus familias. Entre estos espacios destacan Israel, el país (o los países) de origen de sus ancestros y otros lugares de transición en la trayectoria de su familia. A modo de cierre, la pregunta: ¿Cómo se concibe y dónde podemos situar, en

su mapa imaginario, “su hogar”? intenta comprender cuál es el concepto del hogar resultante del proceso de transmisión intergeneracional de un imaginario espacial.

Cabe remarcar que, la lectura global de las entrevistas nos permitió identificar algunos elementos comunes. Destaca, en primer lugar, que todas las autoras entrevistadas coinciden en resaltar los silencios que imperan en el proceso de transmisión de historias. Las autoras hablan de historias incompletas, preguntas sin respuestas, o, incluso, en el caso de Alicia Dujovne Ortiz, de la «pérdida» o de la completa «desaparición» de las historias del origen en su familia. La necesidad de completar dichos silencios ha motivado a las autoras a emprender la búsqueda de los espacios de sus ancestros, a (re)configurarlos y plasmarlos en su obra literaria. Angelina Muñiz-Huberman lo articula de manera clara y concisa: «Los silencios de mis antepasados los convertí en la razón de ser de mi escritura.» También Alicia Dujovne Ortiz subraya este mismo vínculo entre los silencios y su escritura: «los silencios me hicieron escritora». Moscona repite que no conoce bien las historias de sus orígenes y que tiene «una serie de preguntas que nunca tendrán respuesta». Para Behar, estos silencios se traducen o bien en una ausencia de historias por parte de la familia paterna, o bien en historias que la familia materna transmitía de manera natural, sin poner énfasis: «A mí no me explicaban, eres esto, eres lo otro», dice Behar, «las historias estaban ahí pero se transmitían de manera muy informal». Y por último, Andrea Jeftanovic expresa esos silencios como un «agujero negro» que fuga y para ella la escritura surge «como respuesta a esa pérdida catastrófica para completar ese vacío, para no dejar que la explosión arrase y nos quedemos sin conceptos, sin palabras, sin memoria intergeneracional». En este sentido, las entrevistas ayudan a entender por qué es que, semejante a un movimiento de búsqueda reiterada, las autoras escriben y reescriben los lugares de origen en su obra literaria a fin de completar las historias o encontrar una respuesta a las preguntas no contestadas por sus antepasados. Esta perennidad de la búsqueda del lugar de origen la expresa Myriam Moscona cuando habla del último libro que está escribiendo: «Siempre navego en la incompletud de todo esto».

El viaje del retorno es otro elemento que es fundamental para todas las autoras entrevistadas. Para algunas, el retorno se hace con el fin de encontrar respuestas parciales a las preguntas abiertas sobre sus orígenes. Las autoras hacen búsquedas acerca de los orígenes familiares en archivos o establecen contactos en el pueblo de origen con personas quienes les pueden dar información acerca de sus ancestros. Así, Alicia Dujovne Ortiz hace el viaje de retorno a los archivos en Moscú para saber más de su padre y a los archivos del pueblo natal de sus abuelos en Ucrania para conocer las raíces de su familia. Las autoras no siempre hacen este viaje de retorno en persona. Así, son el marido y la hija de Angelina Muñiz-Huberman quienes “regresan” al pueblo de los ancestros de su madre en España. En este pueblo, abren conversaciones con la gente local y hacen investigaciones en los archivos. También

Myriam Moscona considera importante viajar al lugar de origen en Bulgaria. Así destaca la importancia de su primer viaje a Bulgaria, entre otras razones por el contacto con el ladino: «En mi primer viaje a Bulgaria», nos cuenta Myriam Moscona, «un viaje importantísimo, me acerqué a un club de mujeres que se juntaban a hablar en judeoespañol. Era gente muy mayor que me decía que a sus hijos ya no les interesaba esta lengua. *Nos juntamos a echar lashon*¹, decían.» Ruth Behar indica que regresa constantemente a los mismos lugares y explica cómo necesita reiterar el viaje de retorno, en una eterna repetición de regresos: «Yo estaba pensando en los lugares a los que vuelvo constantemente, como que soy una viajera redundante, o sea, vuelvo a los mismos lugares. Cuando voy a España, podría explorar otro lugar, pero no, voy a Santa María del Monte. Voy a Cuba y vuelvo otra vez a los mismos lugares en La Habana. Siempre vuelvo al edificio donde viví de niña, vuelvo a la calle donde vivieron mis padres. Repito mucho, no soy una viajera que está explorando nuevos lugares. Podría irme, no sé, a China, Tailandia o Alaska, pero no. Yo sé que vuelvo a los mismos lugares, vuelvo a pisar las mismas pisadas. Tengo esa necesidad de la repetición.» Más adelante, Ruth Behar nos explica que estos lugares no toman una forma definitiva, sino que cambian a lo largo del tiempo, igual que su mirada, que también evoluciona e influye en su manera de ver este mismo lugar. «Los lugares son receptáculos de memoria», destaca Behar, «por eso uno quiere volver a estos lugares.» Aunque Andrea Jeftanovic también emprende el viaje hacia la tierra de sus antepasados, el destino es una tierra que ya no se sitúa en ningún mapa, como indica: «Cuando por fin pude viajar a Yugoslavia en 1997, Yugoslavia ya no existía». De ahí que lo único que pueda servirle como punto de referencia sean algunos edificios, única impronta real de lo que alguna vez constituyó un pasado familiar. A la violencia implícita de la ausencia de referentes, se añaden los estragos de la guerra que se atestiguan en los edificios: «¡Y en cuanto llegué me recibió un *Welcome to Hell!*» Estos viajes, sus motivaciones y sus resultados tienen un vínculo directo con la manera en que se (re)escriben en la narrativa de las autoras. También en su escritura se refleja esta misma necesidad de volver sobre los mismos lugares, revisitándolos, remodelándolos y matizando o cambiando descripciones anteriores, siempre en reconstrucción sin jamás alcanzar una forma definitiva.

Aunque dentro de los espacios evocados en las entrevistas sobresale también el espacio femenino, privado y familiar que es la cocina, el rol que juega en la transmisión de un legado identitario difiere radicalmente. Para algunas, los platillos y la comida reflejan la fusión de las distintas tradiciones religiosas, sociales y culturales a las que pertenecen. Por ejemplo, a Ruth Behar, le han permitido comprender las diferencias entre las dos tradiciones del judaísmo de las cuales proviene, ya que, mientras que la familia materna (asquenazí) conservaba las comidas clásicas,

1. Echar lashon es una expresión en ladino que significa conversar.

en su familia paterna (sefardita), las comidas correspondían a la cocina sefaradí turca. Para Myriam Moscona, la fusión se ha dado de forma natural, «lo sefardí y lo mexicano han crecido juntos, son inseparables», incluso en la cocina. Andrea Jeftanovic, encuentra este lazo en la casa de su abuela materna, donde las comidas representaban «horas y horas de preparación infinitas como los huevos jaminados que se comen en *Pésaj*». Recuperadas y transmitidas en «un libro de recetas escrito a mano», estas comidas evocan «recuerdos felices, las partes infelices las entendí después. Los recuerdos felices de los veraneos, los buenos recuerdos, creo que sí me los transmitieron.» Para otras, la cocina y las comidas no constituyen realmente un lazo de unión, como comenta Angelina Muñiz-Huberman, para quien solo algunas historias y anécdotas relacionadas con la cocina le han permitido confirmar el origen criptojudío tanto de su familia paterna como materna. O bien, como señala Alicia Dujovne, aunque se preparaba algún platillo, como el *gefilte fish*, realmente «no había ningún ritual».

Varias de las autoras entrevistadas también comparten la imagen de un sentido de pertenencia que se compone de diferentes elementos dispersos y difíciles de combinar. Angelina Muñiz-Huberman utiliza la imagen del *mishmash* o de «una mezcla de todas las cosas», un plato revuelto en el que diferentes ingredientes, que, a primera vista, no se combinan bien, forman un conjunto homogéneo. Myriam Moscona traduce esta misma idea por medio de la imagen del «rompecabezas» que va armando sobre la base de trozos de información que está recopilando: «Pertener a una familia que se desintegró tan pronto, me ha llevado a imaginar, a reinventar las piezas para completar el rompecabezas del que formo parte. Buena parte de lo que escribo busca encontrar ese sentido.» Alicia Dujovne Ortiz expresa esta idea de una identidad compuesta de diferentes pedazos por medio de una referencia a las rayitas en *Judeo-latino-americano* «que es ir juntando pedacitos» porque, dice Dujovne, «no somos nada enteramente». Para Andrea Jeftanovic esto se traduce también en un sentimiento compartido: «como muchos latinoamericanos, tenemos estas mezclas superpuestas de otras tradiciones y las que provienen de pueblos originarios, toda una historia de crisoles y superposiciones.» Las rayas de una palabra compuesta, en Alicia Dujovne Ortiz; el rompecabezas que se compone de diferentes piezas, en Myriam Moscona; el *mishmash* en el que se combinan ingredientes, en Angelina Muñiz-Huberman; las superposiciones, en Andrea Jeftanovic, son imágenes que las autoras usan para referirse a esta misma idea de una identidad plural.

Otro elemento en común que sobresale en algunas de las entrevistas, es el papel fundamental de las mujeres en la transmisión del imaginario espacial. Para Angelina Muñiz-Huberman, Alicia Dujovne Ortiz y Ruth Behar, la transmisión de las historias sobre el origen se hace por línea femenina. La figura de la madre y de la abuela desempeñan el papel de la narradora de historias. Las mujeres de las generaciones anteriores son las encargadas de preservar la memoria de tradiciones, espacios y

momentos importantes de la familia, a través de la narración de historias o la conservación de fotografías y objetos. De esta manera, se establece un vínculo tangible con el pasado, se garantiza la transmisión de historias y conocimientos, y se mantiene viva la memoria personal, familiar y colectiva, fortaleciendo así la continuidad de las tradiciones y asegurando la transmisión del legado para las generaciones venideras.

Algunas autoras destacan cómo la importancia de la frontera entre la casa y la calle fue transmitida de generación en generación. Así, Ruth Behar explica que en la casa se respetan las leyes del judaísmo pero en la calle se permite dejar un poco las normas de las reglas judías, que «son a veces tan estrictas y un poco difíciles de llevar en ciertos lugares». «Entonces», explica Behar, «así me criaron a mí, como que había una ley para la casa y otra ley para la calle.» Angelina Muñiz-Huberman pone de relieve el mismo umbral entre el dentro y el fuera de la casa, pero por otras razones. Su familia pertenece a la tradición de los criptojudíos, quienes fueron forzados a convertirse al catolicismo, pero siguieron practicando el judaísmo en sus casas. «La situación», explica Muñiz-Huberman, «originó una división muy importante: dentro de la casa había que mantener la tradición judía y fuera de la casa, en el momento de cruzar el umbral y estar en la calle, había que adquirir la identidad cristiana e ir a la iglesia y cumplir los ritos.» En ambos casos, la línea fronteriza entre la vida de adentro y la vida de afuera de la intimidad de la casa supone una situación identitaria doble y es transmitida y mantenida a través de los siglos.

En cuanto a la última pregunta, acerca de la ubicación de su hogar, varias escritoras coinciden en situar su hogar en la lengua o en la escritura. Así, Myriam Moscona sitúa su hogar en la lengua española y ladina y Alicia Dujovne Ortiz en el español de Argentina. Angelina Muñiz-Huberman propone que su hogar sería una casa de «papel-poesía»; para Behar, el español «era el idioma del hogar y de las dulces canciones de cuna»; por su parte, Andrea Jęftanovic remarca que, paradójicamente, al saber de esos lugares que ya no se ubican en un mapa, «uno genera una nostalgia, un recuerdo que no existe. Se evoca en tu mente solamente. Entonces es como un lugar imposible también porque ya no existe».

¿Y la próxima generación? Llama la atención el hecho de que algunas de las autoras entrevistadas tengan la sensación de que la tradición llega a su fin con ellas. Así, dice Myriam Moscona, «pertenezco a la última generación a la que pasaron este fuego encendido que notaba cómo se iba apagando en mis manos». También Angelina Muñiz-Huberman destaca esta impresión de pertenecer a la última generación: «Siento que en mí se quedarían los últimos recuerdos.» Ambas autoras, tanto Angelina Muñiz-Huberman como Myriam Moscona se refieren al carácter diluido de las fuentes y de las historias que se transmiten. «La fuente ya está muy diluida y muy descafeinada», explica Myriam Moscona. En la misma línea de pensamiento va el testimonio de Angelina Muñiz-Huberman: «En mi familia, seguimos contando las historias de generación en generación, aunque ya muy diluidas.» Lo contradictorio

es que en ambos casos la realidad dice más bien lo opuesto. En el caso de Myriam Moscona, su hija tiene un fuerte sentido de pertenencia a su linaje judío; en el caso de Angelina Muñiz-Huberman, su nieta volvió a Israel y sus clases de literatura hispano-hebrea le permiten compartir la herencia sefardita con las generaciones posteriores.

Queda al lector adentrarse en este espacio de diálogo y reflexión, que, ritmado por la sinceridad y la generosidad de las autoras, nos recuerda que la memoria de un ser humano, también es, en última instancia, parte integral de la memoria de la humanidad.